

Todo se resumía en una extraña calma. Con la vista fija en el cielo, con el cuerpo inerte escaso de calor. Blancos, aquellos copos eran cristalinos y puros, caían paulatinamente para humedecer el rostro de la pequeña y cándida alma. El viento hacía su labor mientras discurría como experto acalabrando cada una de sus extremidades, mientras tanto, ella reía por su desgracia, ya no percibía que la escalofriante nevisca hacía de las suyas.

Inesperadamente, en el helado firmamento, una luz brillante y llamativa se acercaba. Una huella tras otra se reflejó en la nívea tierra deteniéndose justo enfrente de ella. Los ojos de la joven se cruzaron con los del extraño, no había expresión alguna, sólo un perturbador juego de miradas.

Su piel era blanca, cubierta por un fulgor magnético. Aquellos ojos eran intensos con las pupilas deseosas y demenciales. El extraño se acercó ansioso, analizó el territorio con cautela, me rodeó para no perder de vista algún movimiento inesperado, pero eso no resultó ser un impedimento para sus planes.

Me desgarró. Comenzó a probar mi carne con suavidad, su lengua tocaba cada fibra sensible de mi piel, como un experto voraz que no podía saciarse. Un cosquilleo repentino y brusco se acentuó en mi abdomen, sin desearlo ni planearlo me entregaba a lo desconocido. La respiración se volvió inestable, el calor que se había extinguido en mí cobró poco a poco una chispa, que sin buscarlo, se tornó en una flama indómita.

Mis dedos y manos se movían lentamente para dejarse llevar por un escozor agradable que llenaba aquel vacío interno de lo que nunca seré. El líquido flamante y escarlata fue descendiendo hasta mis genitales, el hormigueo de las piernas comenzó un vaivén. Estaba siendo entregada a la mejor y quizá última experiencia placentera, no había tiempo para llorar, pues aquellos choques eléctricos que brotaron de la nada formaban un nudo en mi garganta y me hacían sollozar, gemir y gritar.

Desconocía este tipo de sensaciones, yo gozaba mientras estaba siendo devorada sin contemplación por aquel ser salvaje e irracional. Un sonido monocorde y casi imperceptible era escuchado cuando tocaba mis entrañas. Me encontraba a merced de un depredador nato, violento y excitante. Yo era la víctima y la cena aunque no me disgustaba serlo. Aquellos dientes filosos y expertos hurgaron en mi piel para que su lengua degustara de mis fluidos vitales. Aquel momento era hostil y estimulante al mismo tiempo. Ya no importaba dónde estaba, ni cómo llegué ahí, tampoco si saldría de ahí o no. Yo sólo podía pensar en el calor, el hormigueo de mi cuerpo, la dilatación de mis pupilas y aquel estado jovial e hipnótico en el que me encontraba sometida.

Y así fue como nadie pudo escucharla ni auxiliarla, ya era demasiado tarde. La sangre teñía la tierra blanca y la criatura había consumido casi por completo el cuerpo hasta la mutilación. Él olfateó la vida, y como la flama indómita que en segundos había sido esa joven, así fue apagada su carne y su espíritu. Ella fue una presa, la esencia rota que gozó de aquella carnicera bajo la nieve cándida que fue testigo de su muerte.



CYNTHIA Anaí ARMAS HERNÁNDEZ

Estudiante de 4° semestre de la Licenciatura
en Letras Hispánicas, uaa

Juan Daniel
Mosqueda Esparza

Fresas salvajes





